

# EL LEGADO.

---

CUADRO DRAMÁTICO  
EN VERSO,

ORIGINAL

DE

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.



GRANADA.

---

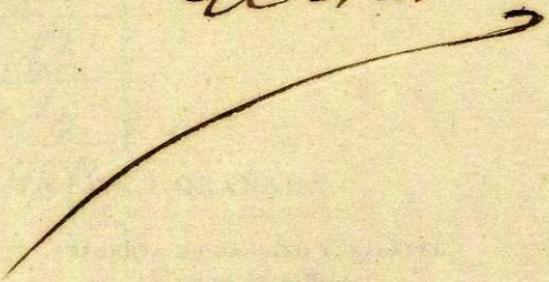
IMPRESA DE PAULINO V. SABATEL,  
PLAZA DE BIE-RAMBLA.  
1878.



# EL LEGADO.

A mi buen amigo el Sr. D.  
Elias Peláez, en muestra de consideración y afecto.

El autor



EL REYADO

Este documento es una copia de  
los datos en materia de  
comercio exterior.

W. J. ...

R 24762

# EL LEGADO.

CUADRO DRAMÁTICO EN VERSO,

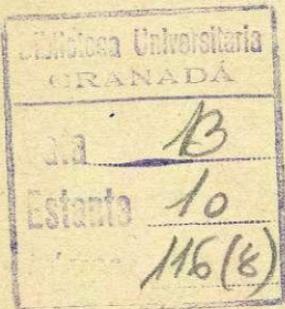
ORIGINAL

DE

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.



Representado con gran éxito en el Teatro Principal de Granada.



GRANADA.

IMPRENTA DE PAULINO V. SABATEL,  
PLAZA DE BIB-RAMELA.  
1878.

EL LEGADO

CUADRO DRAMÁTICO EN VERSO

1887

ANTONIO LÓPEZ VIZCAÍNO

---

Esta obra es propiedad de su autor.

---

## A mi hijo Antonio.

---

CUANDO luzca con todo su esplendor en tu alma la luz divina de la razon, lee este cuadro, hijo mio, que ha sido escrito pensando en tí. En tí he creido adivinar á Arturo, y te he pintado en ese personaje, tal como te ve mi amor y como quiero que seas.

Mira en estas ideas que tú has inspirado la eterna bendicion de tu padre.

ANTONIO.

## REPARTO.

---

### PERSONAJES.

---

### ACTORES.

---

D. <sup>a</sup> MARÍA . . . . .	<i>Sra. Ruiz de Galvan.</i>
D. DIEGO . . . . .	<i>Sr. Galvan.</i>
EMILIO . . . . .	<i>Sr. Gomez.</i>
ARTURO . . . . .	<i>Sr. Obregon.</i>

Al entrar este drama en prensa, ha sido aceptado por D. José Valero para representarlo en el Teatro Español, y por algunos otros directores de escena.

---

# EL LEGADO.

CUADRO DRAMÁTICO.

---

## ACTO ÚNICO.

---

La escena representa una habitacion decentemente amueblada: dos puertas al foro: la de la derecha conduce al exterior de la casa, y al interior la izquierda. Otras puertas laterales. En el segundo término izquierda habrá un armario, y en primero derecha un gran sillón. Al levantarse el telón, salen D. Diego y Arturo por la puerta del foro (derecha), cogidos del brazo.

### ESCENA I.

D. DIEGO y ARTURO.

ARTURO. Vamos. (Obligando á D. Diego á acelerar el paso.)

DIEGO. No me hagas diabluras.  
¿Tengo yo tu agilidad?

ARTURO. Y más.

DIEGO. No; pesa la edad  
más de lo que te figuras.  
Por eso, mientras al cielo  
vuelves tu gallarda frente,  
mi cabeza lentamente  
se inclina, buscando el suelo.  
La luz que en los cielos arde  
la de tus ojos enciende;  
sobre los míos se extiende  
ya la sombra de la tarde.

ARTURO. Si tú me rindes á mí;  
¿no recuerdas que en el cerro

quedé atrás? piernas de hierro  
tienes.

DIEGO.           Já... já... já... Eso sí.  
¡Vaya una generacion!  
Hechos estais de bizcocho;  
yo que soy un viejo chocho  
te domino á discrecion.  
Y á mi edad...

ARTURO.           En tí muy poco  
su pesadumbre se advierte.  
Pues si eres tú lo más fuerte...  
echa el pulso...

DIEGO.           No seas loco.

ARTURO. Échalo...

DIEGO.           Si has de perder...

ARTURO. Á verlo.

DIEGO.           ¡Vaya una estampa!

ARTURO. Coje. (Lo hace en efecto, y es vencido por Arturo).

DIEGO.           No; me has hecho trampa.  
Aguarda.

ARTURO.           Vamos á ver.

DIEGO.           Una, dos, tres...

ARTURO.           ¿Qué, no aprietas?

DIEGO.           No; si á la silla te arrimas...  
¡caramba! que me lastimas.

ARTURO. Já... já... já... ¡Qué morisquetas!

DIEGO.           Anda allá, con tus enredos.

ARTURO. Soy de bizcocho.

DIEGO.           ¡Tunante!  
Pues como el palo levante  
te vas á chupar los dedos.

ARTURO. ¿Alzar el palo? Caerías.

DIEGO.           ¿Yo caerme? Te equivocas.  
Aguarda.

ARTURO.           ¡Qué! No me tocas. (Huyendo.)

DIEGO.           No huyas.

ARTURO.           Eso querrias.

DIEGO.           Que no te apartes te digo.  
¡Dudar de que yo soy fuerte!

La muerte, con ser la muerte,  
no ha de atreverse conmigo.  
Y te lo he de repetir;  
si al fin os llego á cansar,  
muerte me tendreis que dar;  
que yo no me he de morir.  
Te concedo un armisticio.  
Ven: acércame el sillón.

¡Te pillé! (Lo coge de un brazo).

ARTURO. ¡Claro! ¡Á traicion...!

DIEGO. Vaya; tengamos juicio. (Se sientan D. Diego en el sillón, y Arturo en una silla ó taburete).  
Háblame un rato formal  
de tus estudios. ¿Qué esperas?

ARTURO. Pero si tú no te enteras.

DIEGO. Si me entero; ¡voto á tal!  
Tu carrera me fascina;  
¡ser del que sufre el consuelo!  
Vamos, dí.

ARTURO. ¿Pero tú, abuelo,  
qué entiendes de medicina?

DIEGO. Sé en qué consiste la tos  
y el reuma y la calentura,  
y sé que todo se cura...

ARTURO. ¿Cómo?

DIEGO. Queriéndolo Dios.

ARTURO. Pero el médico...

DIEGO. ¡Bobada!

ARTURO. De ese modo...

DIEGO. ¿Qué? ¿Te irrita?  
Todo con nada se quita  
ó no se quita con nada.  
Vaya. ¿Tú no has estudiado  
la tos?

ARTURO. Sí.

DIEGO. Pues, hombre, un día  
¿por qué no curas la mia  
que me tiene fastidiado?  
No me sirve el sinapismo,

ni me curan los cordiales.

ARTURO. Abuelo, porque tus males  
son ya tu fe de bautismo.  
Si tú tienes... ¿cuántos años?

DIEGO. Eso no te importa ¿estás?  
No se pregunta jamás  
tal cosa.

ARTURO. Si esos regaños  
no tienen razon de ser:  
si la edad está en la cara.

DIEGO. Ó no.

ARTURO. La tuya es bien clara.

DIEGO. ¿Sí?

ARTURO. Tú vendrás á tener  
setenta años.

DIEGO. ¡Qué setenta!  
Tengo más.

ARTURO. ¿Más? Á que no.

DIEGO. Lo sabrás mejor que yo.

ARTURO. Tú ya has perdido la cuenta.

DIEGO. Dale; tu teson me exalta;  
yo tengo ya cuatro duros.

ARTURO. Y yo con tantos apuros...  
dámelos, que me hacen falta.

DIEGO. ¡Bribon! ¿Te me estás burlando?  
Yo te embromaré tambien;  
ya caerás.

ARTURO. Y poco bien  
que tú me estás embromando.  
Tengo un hambre que no veo;  
y aquí con tanto charlar...  
Vaya, me voy á almorzar.

DIEGO. Refrena un poco el deseo;  
èn comer sé comedido.

ARTURO. Con tus sermones no empieces.  
Ya de hambre dos ó tres veces,  
el pavo se me ha subido.

DIEGO. Pues sal de penas, rapaz.  
¿No tienes hambre?

ARTURO.

Sí.

DIEGO.

¡Bravo!

¿No te se ha subido el pavo?

pues te lo comes y en paz.

¿No ves como al fin caiste?

Cuéntale á tu padre hoy

(Se vanta Arturo al oír esta última frase, y se entristece visiblemente).

este chasco que te doy.

Pero ¡qué cara tan triste!

¿Te has enfadado?

ARTURO.

No tal.

DIEGO.

¿No sabes que tengo, Arturo,

que reñirte? Estoy seguro

de que me quieres muy mal.

ARTURO.

¿Yo, abuelito...?

DIEGO.

Tú.

ARTURO.

¿No dejas

tu actitud? Todo lo tomas

en chanza.

DIEGO.

No, no son bromas;

tengo que darte mis quejas.

Yo, que te quiero... (No ignoras cuánto te quiero.)

ARTURO.

Sí, mucho.

DIEGO.

Pues yo te miro y te escucho con afán á todas horas.

En medio del regocijo

que inunda todo tu ser,

te he llegado á sorprender

con un pensamiento fijo,

como ningun otro aciago;

que en tí de repente brota,

y es como piedra que azota

las claras ondas de un lago.

Si tu inocente mirada

es de ordinario tranquila,

¿por qué á veces tu pupila

miro triste y apagada?

¿Qué motiva tus enojos?

ARTURO. ¿Yo enojos?

DIEGO. Sí.

ARTURO. No señor.

DIEGO. Si aun la sombra del dolor  
cruzando está por tus ojos.

De repente sus destellos  
miro desaparecer.

¿En ellos qué no he de ver  
si me estoy mirando en ellos?

ARTURO. No; te engañas, abuelito.

DIEGO. Para mi larga experiencia  
el fondo de tu conciencia  
está en tu semblante escrito.

Yo te miro sonreír  
cual nuncio de dicha cierta,  
viendo en el sol que despierta

la imágen del porvenir;  
respirando de la flor

los encantados aromas,  
y oyendo de las palomas  
el tierno arrullo de amor.

Mas como rápida nube,  
al sol su reflejo quita;  
como la flor ya marchita  
en alas del viento sube;

como las palomas van  
huyendo despavoridas,

al mirarse acometidas  
por el fiero gavián;

así presa de una idea  
tenaz que te punza el alma,

núblase la dulce calma  
que tu espíritu recrea.

Tu mirada sorprendí  
tornarse fría, de hielo,

y sólo fija en el cielo,  
como buscando algo allí;

y una lágrima, hijo mío,

miré rodar por tu cara,  
como si Dios te enviara  
una gota de rocío.  
¿Qué causa, dime, esas horas  
de tristeza y de quebranto?  
¿Por qué á veces viertes llanto?  
¿Y por qué ahora mismo lloras?

ARTURO. Si he de hacerte padecer,  
¿á qué contarte mi mal?

DIEGO. No importa; deja el raudal  
de tus lágrimas correr.  
Salga, salga tu dolor  
en esas perlas deshecho;  
y recíbalas mi pecho,  
arca santa del amor.  
Sí; dime tu sufrimiento.

ARTURO. Pues que lo quieres saber,  
mi padre me hace tener  
esta amargura que siento.

DIEGO. ¿Tu padre?

ARTURO. Sí.

DIEGO. ¿Pues qué pasa?

ARTURO. ¡Si tú lo sabes!

DIEGO. No á fe.

ARTURO. Apenas si se le ve  
bajo el techo de esta casa.  
Nunca me ofreció mi padre  
cariñosos embelesos;  
nunca me dió aquellos besos  
que recibí de mi madre.  
Nunca, de ventura lleno,  
sentí el calor de sus brazos;  
nunca con dulces abrazos  
me estrechó contra su seno.  
Nunca bellas ilusiones  
por su ejemplo concebí;  
nunca sus lágrimas ví  
ni escuché sus bendiciones.  
Jamás sentí la alegría

de sus frases amorosas;  
nunca me dijo... esas cosas  
que mi madre me decía.  
Muerta mi madre, el vacío  
hizo más duro el contraste;

(D. Diego hace un movimiento como para interrumpirle. Arturo se anticipa al pensamiento que esta actitud revela, y dice atajándolo).

sí; tú el vacío llenaste  
con gran amor, padre mio.  
Pero no bien cobró aliento  
mi razon, y la verdad  
con su triste realidad,  
se clavó en mi pensamiento,  
busqué en vano explicacion  
de aquellos hechos extraños,  
y llevo ya hace dos años  
la duda en el corazon.

¿Me ama mi padre? No sé.

**DIEGO.** ¿Á eso la inquietud te llama?  
Te ama.

**ARTURO.** Pues si me ama,  
¿por qué me esquiva, por qué?  
Cada vez más crece ahora  
en mi padre ese despego,  
y cada vez más el fuego  
de la duda me devora.  
Qué más, si ha perdido... (padre,  
perdona mi pesadumbre,)  
hasta la santa costumbre  
de ir á rezar por mi madre.  
¡Oh, madre mia! El consuelo  
de ese santo amor del alma,  
es lo que busco sin calma  
cada vez que miro al cielo.  
Y ese llanto abrasador  
del que en mí sorprendes huella,  
á veces pienso que es de ella,  
que lo vierte por mi amor.

- DIEGO. No, Arturo, no; sin que acudas  
á un extremo semejante,  
hay explicacion bastante  
á desvanecer tus dudas.  
Tiene el dolor variedad;  
siempre late el corazon  
segun nuestra condicion,  
nuestro carácter y edad.  
Tu padre no es expansivo  
por carácter, no otra cosa;  
y á la muerte de su esposa  
lo hizo el dolor más esquivo.  
¿Pero amarte? Es natural:  
si él te trata con desden,  
no es que no te quiera bien;  
es que te lo expresa mal.
- ARTURO. Aun queda la duda en mí  
siempre que en esto me fijo.  
¿Por qué tratas á tu hijo  
como me trata él á mí?  
No es tu carácter; tú eres  
conmigo afable; con él  
á veces hasta cruel;  
¿es que á mi padre no quieres?  
De tu diverso cariño  
por piedad rompe el arcano.
- DIEGO. Es que el frio del anciano  
busca en tí el fuego del niño.  
En el placer y en la pena  
bien los dos nos entendemos;  
somos tú y yo los extremos  
en una misma cadena.  
Tú eres el rio que avanza,  
y yo el abismo del mar;  
yo, la sombra del pesar,  
tú, la luz de la esperanza.  
Y por eso sin amaño  
juntas nuestras almas van,  
como en la vida lo están  
la ilusion y el desengaño.



## ESCENA II.

DICHOS *y* MARÍA. (Foro izquierda).

MARÍA. Pero, hombre ¿en qué estás pensando  
(Á Arturo.)  
que no has pedido tu almuerzo?

ARTURO. Ibamos ya.

MARÍA. De seguro  
que la culpa es de tu abuelo.  
Te echaba un sermon.

DIEGO. Sí; justo.

MARÍA. Pareces un misionero;  
siempre predicando.

DIEGO. Siempre;  
(Con visible mal humor).  
y por desgracia, en desierto.

MARÍA. Has errado la carrera;  
debiste ser fraile.

DIEGO. Eso,  
fraile; que estando ordenado,  
estaria en orden puesto.  
Anda á almorzar, hijo mio.

MARÍA. Anda, te sigo.

ARTURO. Te espero.  
(Váse por el foro izquierda.)

## ESCENA III.

D. DIEGO *y* MARÍA.

MARÍA. Diego, yo tengo que hablarte.

DIEGO. ¿Qué me quieres?

MARÍA. ¡Hum! ¡qué genio!  
Eras tan tierno de jóven,  
como eres brusco de viejo.  
Aprende de mí, que siempre  
mi afabilidad conservo,  
aunque tambien ya soy vieja.

DIEGO. ¿Vieja tú?

MARÍA. Sesenta tengo.

DIEGO. ¡Qué has de tener...!

MARÍA. Ya cumplidos.

DIEGO. Es verdad en cuanto al tiempo;  
pero lo que es en cordura,  
tiene más edad tu nieto.

MARÍA. Bueno; será lo que quieras;  
siempre soy yo la que cedo.

DIEGO. *Cedo* en latin significa  
cortar; en ese concepto,  
tú eres siempre la que corta  
por lo sano.

MARÍA. Ó por lo enfermo.

DIEGO. Enfermo me tienes tú  
con tu charlar indiscreto.

MARÍA. Déjame hablar.

DIEGO. ¿Para qué,  
si ha de ser el mismo cuento  
de siempre!

MARÍA. Sí, que es el mismo.

DIEGO. Pues no te canses.

MARÍA. Pues quiero  
hacerte ver que te obstinas  
sin razon.

DIEGO. Pues yo te dejo;  
y hablarás con las paredes  
si te resisten.

MARÍA. ¡Qué empeño  
en hacerme sufrir tienes!  
¿Piensas tú que eso es bien hecho?

DIEGO. Lo que no puede aguantarse,  
María, es que tú, sabiendo  
por demás que es imposible  
acceder á tus deseos,  
me repitas, sin embargo,  
tu cancion cada momento.

MARÍA. Mi amor de madre me impulsa.

DIEGO. Tu amor de madre indiscreto,

del cual hace tiempo tocas  
los desastrosos efectos.

MARÍA. ¿Y por qué no te es posible  
ceder al fin á mi ruego?

DIEGO. Ya te lo he dicho cien veces;  
presté el santo juramento  
de retener el legado  
para Arturo, y he de hacerlo,  
á mi palabra de honor  
respondiendo como bueno.

MARÍA. Mas si su madre fué injusta...

DIEGO. No lo fué; pues qué ¿no es cierto  
que tu hijo su fortuna  
entera perdió en el juego?  
¿No es cierto que no hay barrera  
á su torpe desenfreno?  
¿Por qué ha de pagar Arturo  
culpas de su padre?

MARÍA. Pero...

DIEGO. Sobre todo, bien ó mal,  
así lo dejó dispuesto  
al morir, aquella santa,  
y á su voluntad me atengo  
por ser justa, por ser cuerda,  
por ser el mandato expreso  
de un moribundo, y en fin,  
porque lo he jurado al cielo.

MARÍA. Pero en tanto Emilio...

DIEGO. Emilio  
no tiene ningun derecho  
para arrebatarle á Arturo  
su porvenir.

MARÍA. Pero Diego...

DIEGO. Pero María...

MARÍA. Está visto;  
me canso en vano.

DIEGO. Me alegre;  
hace ya bastantes años  
que has debido comprenderlo.

- MARÍA. Diego, por Dios, dame gusto.  
Es por mí.
- DIEGO. Vete al infierno.
- MARÍA. Ya me voy.
- DIEGO. Anda con Dios.
- MARÍA. No he visto un hombre más terco.  
(Váse por el foro izquierda.)

## ESCENA IV.

D. DIEGO.

¡Desgraciada! No conozco  
que en esta rudeza envuelto,  
de llorar mis amarguras  
mis ojos están ya secos;  
y sufro tanto, que vivo  
en fuerza del sufrimiento.

## ESCENA V.

D. DIEGO y EMILIO.

Emilio sale por la puerta derecha del foro, y sin ver á D. Diego se dirige á la izquierda del escenario.

- EMILIO. No hay remedio; la fortuna  
me cierra todas sus puertas.  
(Reparando en su padre).  
¡Mi padre! No sé por qué  
me intimida su presencia.  
Buenos días.
- DIEGO. ¿Qué, eres tú?  
No te extrañe esta sorpresa.  
Como es un milagro verte...
- EMILIO. Mis quehaceres no me dejan  
venir por casa.
- DIEGO. Si, es claro.  
El trabajo á que te entregas  
es rudo, y no te consiente. .  
haces bien;... esas tareas...

son sagradas.

EMILIO. ¡Siempre irónico!

¡Siempre la burla!

DIEGO. No es esa  
mi intencion; yo bien comprendo  
que esta casa es muy estrecha,  
y que tú ya necesitas  
otro horizonte, otra esfera.  
¿Qué hay en casa que te llame?  
Dos viejos que ya chochean  
y un niño que apenas toca  
el umbral de la existencia.  
¡Valiente pasto á un espíritu  
siempre ganoso de empresas!  
Los viejos ya casi envueltos  
en el manto de la tierra,  
con el frio de la muerte  
todo cuanto tocan hielan;  
el niño casi en las brumas  
envuelto de la inocencia,  
habla el lenguaje del cielo  
que no concibes siquiera.

EMILIO. ¡Padre!

DIEGO. ¿Qué importa que el niño  
cuando se rasgue la niebla  
y descubra los abismos  
que la vida humana cercan,  
no tenga una mano amiga  
que lo dirija y sostenga?  
¿Ni qué importa que los viejos  
cuando llegue la hora extrema  
no encuentren amantes brazos  
donde posar su cabeza?

EMILIO. ¡Padre!

DIEGO. No es esa la vida.  
Hay que gozar de las bellas  
que dan al placer su cuerpo  
y su alma á las tinieblas.  
Hay que tratar los amigos

en el juego y en las fiestas,  
donde si el honor se pierde,  
se adquiere fama y grandeza;  
aunque duerma la lealtad  
y la traicion esté en vela;  
aunque el huracan del vicio  
que allá en el cieno se engendra  
airado ruja, y se lleve  
en pedazos la conciencia.

EMILIO. ¡Padre...! (Yendo á besar su mano).

DIEGO. No toque tu mano  
ésta de vicios ilesea;  
la has de besar de rodillas  
cuando de mí digno seas. (Váse l.<sup>a</sup> derecha).

## ESCENA VI.

EMILIO.

Tiene razon; no es igual  
su mano limpia y honrada  
á la mia, profanada  
por el contacto del mal.  
Pero así no me resigno;  
yo mi culpa borraré,  
y á estrecharla volveré  
cuando de hacerlo sea digno.  
Del deber mi vida esclava  
trabajaré con afan;  
que el trabajo es el Jordan  
que todas las culpas lava.  
Mas ¿cómo? ¿cómo? No puedo...  
¿Á dónde iré? ¿con qué frente,  
si tal obro, que la gente  
me señala con el dedo?  
Del mal la huella maldita  
es tan clara y es tan honda,  
que aunque en el alma se esconda,  
siempre va en la frente escrita.

Dice algo que aquí remuerde  
que en esta senda liviana,  
cada paso que se gana  
es un mundo que se pierde.  
Y yo lo he perdido todo;  
inmundo mi crimen es,  
y voy con mis propios piés  
salpicándome de lodo.  
¿Qué más? Á mi padre mismo  
pido favor, é inhumano  
hasta él me niega su mano  
para salir del abismo.  
Si un golpe de la fortuna  
que siempre se me negó  
me salvara... si ella no,  
no queda esperanza alguna.  
¿Y cómo lo he de intentar?  
¡Ah, sí; el legado de Arturo...!  
ese es un medio seguro.  
¿Pero qué iba yo á pensar?  
¿Dónde mis pasos dirijo?  
¿Qué afan es éste menguado,  
que ya no estimo sagrado  
ni el porvenir de mi hijo?  
¿Qué es esto que ostiga así?  
¿Qué pensamientos me oprimen?  
¡Oh! la tempestad del crimen  
que ruge dentro de mí.  
Ruja, pues, sin dilacion;  
rómpanse todos los lazos,  
y estalle al fin en pedazos  
de una vez mi corazon.

(Emilio dice estos últimos versos delirante, como término de la lucha terrible que ha sostenido durante el monólogo, cuyas transiciones quedan confiadas al talento del actor).

ESCENA VII.

EMILIO y MARÍA. (Foro izquierda.)

MARÍA. Emilio...

EMILIO. ¡Madre!

MARÍA. ¿Qué tienes  
que tu cara me da espanto?

EMILIO. ¡Madre!

MARÍA. Dí ¿qué tienes? habla.

EMILIO. Que estoy perdido, arruinado;  
que mi honor corre peligro;  
que he de dar en breve plazo  
una suma que no tengo  
ni puedo tener; que el ánimo  
por primera vez me falta,  
y que cual tristes presagios  
cruzan por mi pensamientos  
aun más que mi suerte aciagos.

MARÍA. Hijo, por Dios, vuelve en tí;  
tu mente exaltada acaso  
exagera tus desgracias.

EMILIO. ¡Ah! no, madre, no me engaño.  
Amigos á quienes antes  
debí atenciones y halagos,  
me esquivan y me desprecian;  
(Con gran amargura.)

aquellos que en mí encontraron  
la salvación de su nombre,  
hoy me pagan con agravios.  
Mi padre, mi mismo padre,  
me rechaza de su lado.  
Todos me abandonan, todos.

MARÍA. ¿Todos te dejan? ¡Ingrato!  
¿Yo también?

EMILIO. No, madre mía;  
sólo en tí, sólo en tus brazos,  
sólo en tu amor, como siempre,

- hallo refugio y amparo.  
MARÍA. Y nunca habrá de faltarte.  
Yo no sé si bueno ó malo  
te presentas á mis ojos;  
yo sólo sé que te amo;  
que soy tu madre; que siempre  
digno de mi amor te hallo;  
si bueno, porque eres bueno;  
y si no, por desgraciado.  
Sí, hijo mio; cuando broten  
en tu espíritu agobiado  
esos tristes pensamientos,  
esos funestos presagios,  
piensa en mí; vuelve los ojos  
á tu madre sin reparo;  
que siempre para tu amor  
será mi pecho un sagrado.
- EMILIO. Sí, sí, lo sé, madre mia;  
y á tí llego; es necesario  
que termine este combate  
que mi vida está minando.
- MARÍA. ¿Pero qué hacer?
- EMILIO. Hay un medio  
de acabar con los obstáculos,  
de ahuyentar mi pesadumbre,  
de hacerme digno y honrado.
- MARÍA. Sí, hijo mio; te comprendo;  
al fin detienes tus pasos  
por esa senda maldita  
que da sólo desengaños.  
¿Por qué, por qué de tu padre  
que te ama, no has escuchado  
los saludables consejos  
tan cariñosos, tan sabios?  
La alegría de tu enmienda  
pagará todo su llanto.
- EMILIO. Es verdad; pero es preciso  
atajar con pronta mano  
el mal que sobre mí pesa

y me ahoga. Si el legado

(Con recelo y como temiendo proponer semejante cosa).

que está en poder de mi padre  
obtener puedes al cabo,  
venciendo su resistencia,  
hoy pondré mi honor en salvo;  
y despues, ennoblecido

(Con rapidez y queriendo borrar el mal efecto que ha hecho la peticion á su madre).

por la virtud del trabajo,  
daré á Arturo su dinero  
en breve centuplicado;  
paz bendita á mi conciencia;  
á mi espíritu descanso;  
á tí mi amor más que nunca,  
y regocijo al anciano.

MARÍA. Ya sabes que es imposible.

EMILIO. Con tal objeto...

MARÍA. Es en vano.

EMILIO. Pues bien; si no hay medio alguno  
de que se evite este escándalo,  
primero que la vergüenza  
de ver mi nombre manchado  
y de dar á todo el mundo  
para mi deshonra pasto,  
haré... no sé; no respondo  
de lo que he de hacer al cabo.

MARÍA. ¡Emilio!...

EMILIO. Déjame.

MARÍA. No;  
no te apartes de mi lado.  
Pensemos...

EMILIO. No hay otro medio.

MARÍA. Pues bien; á todo me allano;  
sé bien que ha de recibirme  
con enojo; sin embargo,  
yo invocaré en favor tuyo  
lo más hondo, lo más santo,

y quizás tu padre ceda  
mis lágrimas contemplando.

EMILIO. Sí, si cederá mi padre;  
viene hácia aquí; yo me marchó.  
Piensa, madre, que mi vida,  
que mi honor dejo en tus manos.  
(Váse por el foro izquierda).

MARÍA. Ilumíname, Dios mio,  
y da elocuencia á mis labios.

## ESCENA VIII.

D. DIEGO y MARÍA.

DIEGO. ¿Por qué Emilio cada instante  
huyendo va mi presencia,  
si de su propia conciencia  
ha de estar siempre delante?

MARÍA. Da tregua á tus iras, Diego;  
acabe esta lucha fiera,  
y escucha una vez siquiera  
mis palabras con sosiego.

DIEGO. ¿Vas á hablarme de tu hijo?

MARÍA. Sí, por mucho que te asombre.

DIEGO. ¿Otra vez?

MARÍA. Óyeme; en nombre  
de su dicha te lo exijo.

DIEGO. ¿Y qué puedo en conclusion  
en su dicha, si él la mata?

MARÍA. Mucho puedes, y se trata  
quizás de su salvacion.  
Emilio, al fin, ha tenido  
un impulso generoso;  
de su pasado azaroso  
aquí viene arrepentido.  
El cielo escuchó mis pces.

DIEGO. ¿Eso crees?

MARÍA. Sí

DIEGO. Desconfía.

MARÍA. Esta vez sí.

DIEGO. No, María;  
esta vez, como otras veces;  
¿por qué esquivas, si es sincero,  
mi presencia y mis razones?

MARÍA. Teme que no le perdones.  
¡Eres con él tan severo!

DIEGO. Cuando un alma gira incierta  
del vicio entre la corriente,  
y á la virtud de repente  
del hondo sueño despierta,  
nada teme ni le humilla;  
tórñase el pecho expansivo,  
como el sol luce más vivo  
si tras la tormenta brilla;  
y como se abren las flores  
antes cerradas y mústias,  
deja el alma sus angustias  
y ábrese á tiempos mejores.  
Siempre el arrepentimiento  
de zozobras purifica;  
díme, pues, cómo se explica  
su esquivéz y su aislamiento.  
El bien busca la luz clara.  
le ofende vivir oculto;  
si él al bien ya rinde culto,  
¿por qué me esconde la cara?

MARÍA. No, Diego; no le has mirado  
como yo; vive entre abrojos;  
tú no has leído en sus ojos  
el horror á su pasado.  
Tristes desengaños llora  
viendo en peligro su honor,  
y lleno al fin de temor,  
hoy nuestra merced implora.

DIEGO. Pues bien; si ha roto los lazos  
de su torpe frenesí,  
que venga, que venga á mí,  
que ya le aguardan mis brazos.

- MARÍA. Sí; libertado del vicio  
á tus plantas vendrá luego;  
pero en su favor te ruego  
que tú hagas un sacrificio. (Con embarazo).  
Yo te lo vengo á pedir,  
y tú me lo has de otorgar.
- DIEGO. No quisiera adivinar  
lo que me vas á decir.
- MARÍA. En un grave compromiso  
de Emilio el nombre se ve,  
y que en tal riesgo no esté  
á todo trance es preciso.  
¡Ya ves qué terrible apuro!  
Una fuerte suma debe,  
y él...
- DIEGO. Si; á pensar se atreve  
en el legado de Arturo.  
¿Y es esa su redencion?  
¿Y su virtud esa es?  
¡Ay, María!
- MARÍA. ¿Qué?
- DIEGO. Ya ves  
que es leal mi corazón.
- MARÍA. De su honradez da una prueba  
concediéndole valor.  
Quiere volver por su honor...
- DIEGO. Con una deshonra nueva.  
No me hables de esto; lo exijo.
- MARÍA. Él despues trabajará.
- DIEGO. Él jugando perderá  
la fortuna de su hijo.
- MARÍA. Diego, ten por Dios clemencia,  
porque esta lucha me asombra.
- DIEGO. La tengo; que de una sombra  
así libro su conciencia;  
así en sus vicios lo atajo;  
¡trabajo! Impostura cierta;  
es más estrecha la puerta  
que da al templo del trabajo.

- MARÍA. Mas si en su angustia infinita  
le asaltan locas ideas,  
¿no es horrible que tú seas  
quien así lo precipita?
- DIEGO. No: yo no; su torpe audacia  
que desgracia da por fruto;  
él al mal rindió tributo,  
y hoy recoge su desgracia.
- MARÍA. ¡Severidad espantosa!
- DIEGO. ¿Por qué, cuando él era niño,  
tu exagerado cariño  
la hizo infecunda y odiosa?  
Si de nosotros alguno  
culpable como él ha sido,  
eres tú, que lo has perdido  
con tu cariño importuno.
- MARÍA. Le dí el calor maternal,  
que es el más santo calor.
- DIEGO. Cuando ilumina ese amor  
la clara luz racional,  
dá á los gérmenes del bien  
fecundidad con su abrigo;  
de toda virtud amigo,  
virtud engendra tambien.  
Mas cuando el límite pasa  
de la razon; cuando es ciego,  
no es ya calor; es un fuego  
que todo germen abrasa.  
Tú le has amado de sobra;  
obré yo con la razon,  
y tú con el corazon  
fuiste matando mi obra.  
Ahora pruebas la amargura  
de su accion en este trance;  
cuanta desdicha le alcance  
de tu amor será la hechura.
- MARÍA. Sí; culpame enhorabuena,  
que no me he de defender;  
yo he faltado á mi deber;

pues bien; sufra yo la pena.  
Para mí lo merecido;  
mas para él tu perdon.  
Sálvalo por compasion;  
de rodillas te lo pido.

DIEGO. No, no; á mis brazos, María.  
(Sin permitir que se arrodirle).

MARÍA. Si de culpas no me eximo.

DIEGO. ¿Piensas tú que yo no estimo  
esa ciega idolatría?

¿Que no me inquieta su bien,  
que siempre al cielo reclamo?

¿Piensas tú que no le amo?

¿No es hijo mio tambien?

¿Serme pudieran extrañas  
ni las huellas de su paso?

¿Como tuyo, no es acaso  
un trozo de mis entrañas?

Pero no puedo esta vez  
ser débil, porque el legado  
es depósito sagrado  
confiado á mi honradez.

Por engañarte te aфанas  
cegada por tu sufrir:

¿pudieras tú consentir  
la deshonra de mis canas?

¿Dónde te lleva el cariño  
que así te ciega?...

MARÍA. Yo quiero...

DIEGO. Entregarte ese dinero  
fuera robárselo á un niño.

MARÍA. Seré ciega y aturdida;  
pero comprendo bien claro  
que por mi hijo sin reparo  
diera todo, hasta mi vida.

DIEGO. Y yo la diera igualmente  
en aras de mi promesa,  
que el porvenir interesa  
de ese huérfano inocente.

Y no hablemos de esto más,  
porque nunca cederé.

MARÍA. Pero escucha.

DIEGO. No.

MARÍA. (¿Qué haré?)

¡Diego! ¡Diego!

DIEGO. No; jamás.

(Sale D. Diego, y D.<sup>a</sup> María le sigue en actitud de súplica).

## ESCENA IX.

EMILIO.

No hay más; estoy decidido.

Pues que mi padre inhumano

se niega así, por mi mano

he de ver mi afan cumplido.

Esta es propicia ocasion.

Solo estoy; nadie me ve;

sí, vamos... Pero ¿por qué

me late así el corazon?

En mis venas siento frio,

y un volcan dentro del alma;

¿por qué dudo? calma; calma;

¿no es de Arturo? pues es mio.

¿No salvo mi honor así

del más peligroso extremo?

¿no es suyo mi honor? ¿qué temo?

nada; mi vida está allí.

(Se dirige al armario con paso resuelto; al llegar á él, oye á Arturo que sale, y retrocede sorprendido).

## ESCENA X.

EMILIO y ARTURO. (Foro izquierda).

ARTURO. Padre mio...

EMILIO. (Sorprendido). ¡Qué?... ¿Qué quieres?

ARTURO. ¿Yo? verte.

EMILIO. ¿Á eso venias?

ARTURO. No te he visto en muchos dias.

- ¡Ya se ve! con tus quehaceres...  
Aun á riesgo de enojarte...
- EMILIO. No me enojas; vamos, dí.
- ARTURO. Nada; que estando tú aquí,  
he venido á saludarte.  
Pero me duele infinito  
tener una indiscrecion...
- EMILIO. Sí, mira; en esta ocasion  
estar solo necesito.  
Una cuestion malhadada  
me preocupa, y ya tú ves...  
Ya nos veremos despues...
- ARTURO. ¿Qué tienes, padre?
- EMILIO. ¿Yo? Nada.
- ARTURO. Estás pálido, sombrío.
- EMILIO. Es que mis negocios van...
- ARTURO. ¿Á qué ocultarme tu afan,  
si yo lo sé, padre mio?
- EMILIO. ¿Tú? (Con espanto).
- ARTURO. Sí; viendo tu esquivez  
que el alma me desgarraba,  
á solas me preguntaba  
su causa más de una vez.  
Mas mi propio desconsuelo  
me cegaba; estaba loco;  
hasta que al fin hace poco  
lo he sabido por mi abuelo.
- EMILIO. Él te ha contado... (Con agitacion).
- ARTURO. Sí, padre;  
y él lo explica...
- EMILIO. ¿De qué modo?
- ARTURO. Atribuyéndolo todo  
á tu pena por mi madre.
- EMILIO. ¡Oh! (Avergonzado).
- ARTURO. Te creí con desden,  
y estás en dolor deshecho.  
¡Bendito el dolor que ha hecho  
á mi alma tanto bien!  
Él de júbilo me llena;

ya ves; qué egoísta soy;  
ya ves, gozándome estoy,  
padre del alma, en tu pena.  
Porque tú me quieres.

EMILIO. Sí.

ARTURO. ¿Pude abrigar otra idea?  
¿Qué has de hacer tú que no sea  
lo más bueno para mí?

EMILIO. ¡Arturo!

ARTURO. Sí; ya me alejo.  
Padre...

EMILIO. ¿Mi inquietud no ves?

ARTURO. ¿Nos hemos de ver despues?

EMILIO. Sí, sí; déjame.

ARTURO. Te dejo.

(Le besa la mano, que Emilio retira con horror, y se va, despues de haber indicado con la actitud y el gesto la extrañeza que le causa cuanto ve y oye, y su propósito de averiguarlo todo).

## ESCENA XI.

EMILIO y despues D. DIEGO.

EMILIO. Y he de consumir ahora...

Siento que el valor me falta...

¿Y por qué? De esta manera

todo de una vez se salva.

(Se dirige al armario é intenta violentar la cerradura. D. Diego aparece por la puerta 1.<sup>a</sup> derecha).

DIEGO. Gracias á Dios que he podido

de su ciego error sacarla.

¿Qué es esto? ¿qué ven mis ojos?

(Reparando en Emilio).

¡Oh!

EMILIO. ¡Ya saltó! (Abriendo el armario).

DIEGO. ¿Tal infamia?

EMILIO. Esto ha de ser.

(D. Diego se acerca lentamente y con extraordinaria agitacion á Emilio, y al llegar á él le coge violentamente de un brazo).

DIEGO. ¡Miserable!

EMILIO. ¡Padre!

- DIEGO. Suelta.
- EMILIO. No; no.
- DIEGO. Aparta;  
suelta, ó si no con mis manos  
te he arrancar las entrañas.  
(Le quita el pliego).
- EMILIO. ¡Vive Dios! (Yendo á arrojarle sobre él).
- DIEGO. ¡Á mí! ¡Á tu padre!  
(Retrocediendo espantado y dejando caer la mu-  
leta). (Pausa).  
Haces bien, hijo; descarga  
(Con dolor infinito).  
sobre mí tu airada mano.  
Si has destrozado mi alma  
en fuerza de pesadumbres,  
nada haces ya, si profanas  
esta frente, por los años  
y el sufrimiento surcada.
- EMILIO. ¡Padre! (Confundido).
- DIEGO. Haces bien. ¡Quién dijera  
que tu cabeza, en que tantas  
bendiciones, tantos besos  
mi amor un tiempo dejara!  
¡Quién dijera que esa mano  
que he regado con mis lágrimas  
tantas veces, por tu dicha  
pidiendo al cielo sin calma,  
se alzarán en contra mía  
en actitud de amenaza!  
¿Y cuándo vienes á hacerlo?  
Cuando el sepulcro me llama;  
cuando se agobia mi frente;  
cuando mi edad ya cansada  
necesita de tus brazos.
- EMILIO. ¡Padre, padre de mi alma!  
No más; perdon.
- DIEGO. No es bastante  
toda una histeria de infamia;  
(Irguiéndose sobre él en actitud terrible, mientras  
Emilio va poco á poco cayendo de rodillas).

no es bastante haber llevado  
al sepulcro aquella santa,  
que al morir te bendecía,  
cuando en vida fué la esclava  
de tu conducta injuriosa,  
de tus torpes asechanzas.  
No es bastante haber dejado  
á Arturo desde su infancia  
sin amor y sin amparo,  
ahogando dentro del alma  
ese amor que hasta las fieras  
conservan en sus entrañas;  
no es bastante haber llegado  
hasta el colmo de la audacia  
robando á tu propio hijo,  
de tu infame vicio en aras,  
su fortuna, y la memoria  
de su madre idolatrada  
profanar; era preciso  
manchar vilmente las canas  
de un anciano, de tu padre.  
¿Y tú mi hijo te llamas?  
Mientes... Maldito...

EMILIO. No; padre.

Piedad; mírame á tus plantas.  
No me maldigas.

DIEGO. ¿Quién llega?

Es Arturo. Calla; calla.

(Ocultando rápidamente á Emilio con su cuerpo y  
levantándolo del suelo).

## ESCENA ÚLTIMA.

D. DIEGO, EMILIO, ARTURO (foro izq.<sup>a</sup>) y MARÍA  
(1.<sup>a</sup> derecha).

D.<sup>a</sup> María queda en segundo término sin ser vista por los otros  
personajes y expresando con el gesto las impresiones de la  
escena que oye.

ARTURO. Abuelo ¿qué es eso?

DIEGO. Cosas  
que tu inocencia no sabe,

ni quiera Dios que jamás  
á comprenderlas alcances.

ARTURO. No insisto; razon tendreis  
los dos, cuando así callais.  
Pero en eso que deciais  
que yo no acierto á explicarme,  
he comprendido bien claro  
que ese pliego es de mi madre.  
Si es una memoria suya,  
deja, deja que la abrace  
contra mi pecho, y la besen  
mis labios unos instantes.

DIEGO. Si, toma hijo mio; y hazlo  
agradecido y amante,  
que ese pliego es de su amor  
infinito clara imágen.  
En él está tu fortuna.

ARTURO. ¿Mi fortuna? Ya lo es grande  
(Toma el pliego y lo besa).  
poder besar este pliego  
que su recuerdo me trae. (Abre el pliego).  
¡Una carta! ¡Madre mia,  
cómo el corazon me late! (Leyendo).  
«Arturo, pobre hijo mio,  
ya que yo no puedo verte,  
desde mi lecho de muerte  
un beso de amor te envio.  
Con él va mi bendicion  
acrisolada en el llanto;  
con él mi cariño santo,  
mi vida, mi corazon.  
Nada en mí causa tu olvido;  
ni aun la muerte que me espera.  
¡Ay! Mi palabra postrera  
será tu nombre querido.  
(Se detiene un momento á enjugarse las lágrimas)  
De mis padres recibí  
la fortuna que te lego;  
sin tocarla te la entrego;  
toda, toda para tí.

Para tí la he conservado  
entre inmensas inquietudes;  
mas no es ese, no lo dudes,  
mi verdadero legado.

Cuando la vida se agota,  
que el alma inmortal encierra,  
el cuerpo vuelve á la tierra;  
pero el espíritu flota.

Yo habré sucumbido ya  
cuando tú esta carta leas;  
mas que te dejo no creas;  
mi alma por tí velará.

Aunque á veces no te cuadre,  
al bien rinde tu albedrío;  
y sobre todo, hijo mio,  
respeta y ama á tu padre.

¿Verdad que lo harás así?  
Sí; lo fio y muero en calma.

Adios; te lego mi alma  
velando siempre por tí!»

(Cae en el sillón abismado de dolor. De pronto se  
levanta y dice con resolucion).

Sí, madre mia; tu alma  
de mi mismo ser es parte;  
en mí la siento; me inspira;  
dentro de mi pecho late.

¿Estos valores son míos?

Pues bien; guárdelos mi padre.

DIEGO. ¿Qué vas á hacer?

ARTURO. Si le debo

todo, hasta mi ser ¿qué hay  
que yo pueda llamar mio  
y no le entregue? Mi sangre  
diera yo por una gota  
de la suya.

EMILIO. Arturo, nadie

es más indigno que yo  
de esa nobleza. ¿No sabes  
como me avergüenzas; hijo,

yo he sido contigo infame;  
de ese bendito legado  
he querido despojarte.

DIEGO. ¡Emilio!

EMILIO. Quiero decirlo  
porque brotan á raudales  
las lágrimas en mis ojos;  
son las primeras que salen  
de amor, de arrepentimiento,  
y quiero purificarme.  
Sí, hijo mio; cuando ciego  
tras de mentidos afanes  
te abandonaba, este anciano  
consiguió que en tí brotasen  
los más nobles sentimientos.  
Él te guardó; pues que él guarde  
tu porvenir; no yo, Arturo;  
éste, hijo mio, es tu padre.

DIEGO. ¡Emilio! ¡Arturo! En mis brazos;  
calor y vida prestadme;  
porque así hasta de la muerte  
parece que me escudais.  
¡Tú, Emilio, tú no te juzgas  
digno de aquí en adelante  
de guardar ese legado?  
Pues tómallo; ya me es dable  
confiarlo á tu cariño  
que así entre lágrimas nace.

EMILIO. Venga, pues, como una eterna  
expiacion de mis maldades.  
Arturo, Arturo, hijo mio...  
¡Madre mia!

(Dirigiéndose á D.<sup>a</sup> María, que se ha ido acercando  
lentamente al grupo).

MARÍA. No, á tu padre.

DIEGO. ¡Oh! santo y dulce consuelo!

ARTURO. Bendícenos, madre mia.

MARÍA. Sí; ya tu madre te envía  
su bendicion desde el cielo.

Cuadro.— Arturo queda arrodillado á los piés de D.<sup>a</sup> María.  
Emilio á los de su padre, ó en sus brazos. Esto y la coloca-  
cion relativa de las figuras queda á eleccion del director de  
escena. Telon.

FIN DEL CUADRO DRAMÁTICO.

Sr. D. José Suarez.

---

MI MUY ESTIMADO AMIGO:

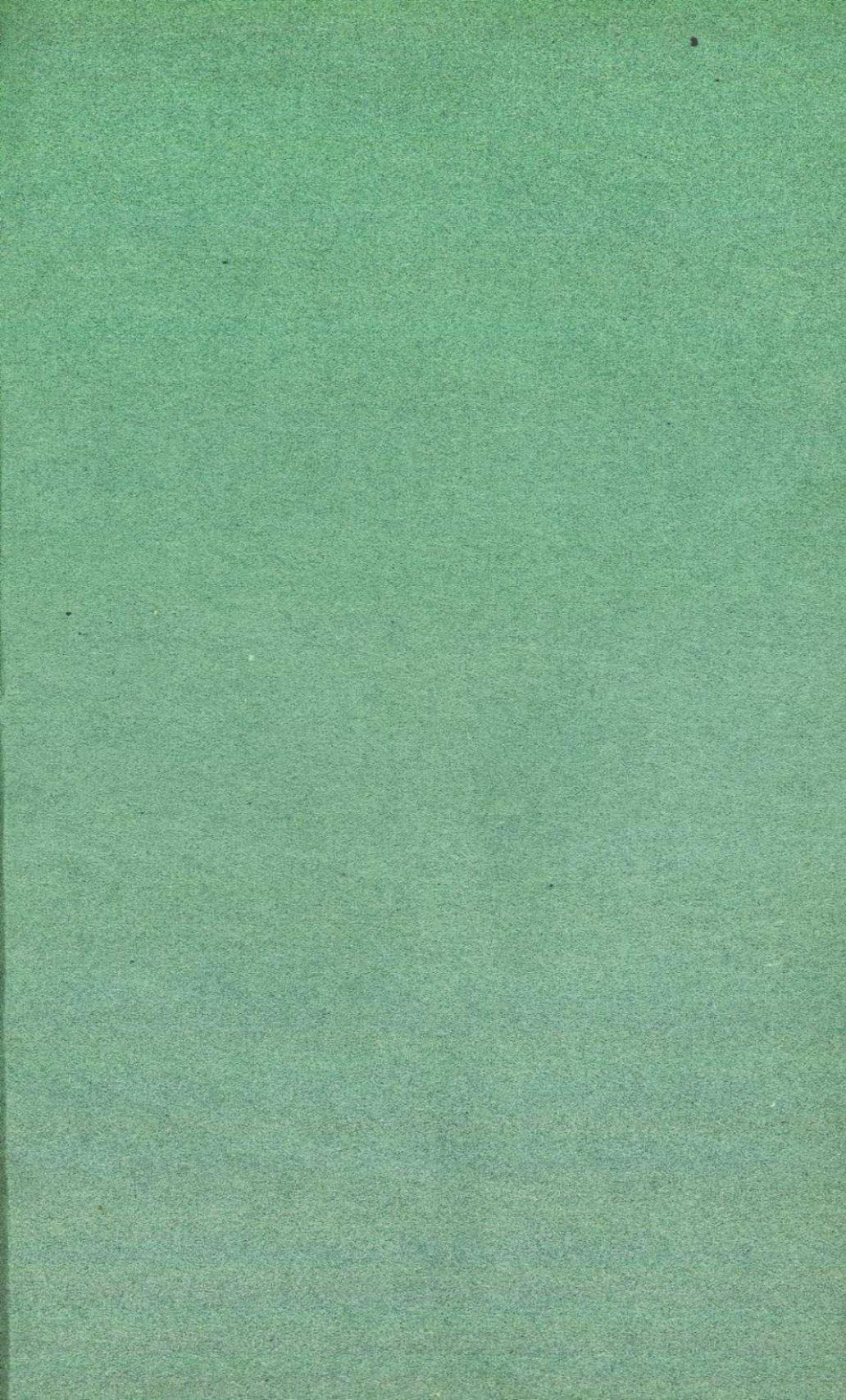
*Usted me ha dado el pensamiento de este cuadro; usted me ha estimulado á que lo desenvuelva; con usted he consultado el plan de la obra; usted sabe en qué condiciones de ánimo y de tiempo se ha escrito; usted ha presenciado su éxito con lágrimas en los ojos, y aun me parece verlo entre bastidores esperando con gran ansiedad el primer aplauso.*

*Tambien los actores que han estrenado este dramita lo han considerado como cosa propia; ejecutándolo todos y dirigiéndolo el Sr. Galvan con singular aficion y cariño. Sea esta carta para ellos y para usted un testimonio de mi gratitud y de mi afecto.*

*Suyo afectísimo S. S.*

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.





Esta obra se halla de venta en las principales librerías de Madrid y de provincias.